

Extrañas mutaciones

Marco Antonio Valencia Calle



33



Poesía

gamar
EDITORES

EXTRAÑAS MUTACIONES

Marco Antonio Valencia Calle



Valencia Calle, Marco Antonio, 1967-

Extrañas mutaciones / Marco Antonio Valencia Calle. -- Edición especial. -- Bogotá: Valencia Calle Marco Antonio, 2019.

páginas. -- (Plan Nacional de Lectura y Escritura Leer es mi Cuento / Ministerio de Cultura)

Incluye datos biográficos del autor.

ISBN 978-958-48-7525-9

1. Poesía colombiana – Siglo XX 2. Literatura colombiana – Siglo XX
3. Autores colombianos – Siglo XX 4. Vida cotidiana – Poesías 5. Dolor
– Poesía 6. Noche – Poesía I. Título II. Serie

CDD: Co861.44

Clasificación local: PVAL33

CEP – Fundalectura

GAMAR Editores

Carrera 6 No. 41N-135.

Popayán, Colombia

E-mail: gamareditores@gmail.com

Dirección: Felipe García Quintero

Producción: Paola Martínez Acosta

Diseño editorial: Óscar E. Chávarro Vargas

Imagen de portada: *Trazografías*. Maestro Alfonso Renza, 2013

© Marco Antonio Valencia Calle, 2016

© Gamar Editores, 2016

Primera edición: Junio de 2016

Impreso en Colombia

Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Calle 17 # 69-95, Bogotá, Colombia

Edición especial. Colección de actualización bibliográfica para la Red Nacional de Bibliotecas Públicas del Ministerio de Cultura, Plan Nacional de Lectura y Escritura “Leer es mi Cuento”, 2019.

a Borges (†)

CONTENIDO

I.	Sol y tinieblas	11
II.	Islas perdidas	31
III.	Sangre en tierra	61

Para recalcar que estoy vivo en medio de tantos muertos

Razón de vivir
Víctor Heredia

I. Sol y tinieblas

*Para descartar esta sensación de perderlo todo
para analizar, por dónde seguir y elegir el modo*

Razón de vivir
Víctor Heredia

1.

Las redes sociales informan sobre tres soldados muertos por la explosión de una granada. Noticia del conflicto armado, asuntos de la guerra, una noticia más en el montón de noticias, tres muertos más en el montón de muertos.

Nadie dijo nada de Torres, el primer soldado, que tenía una madre que lo adoraba con ilusión y cada noche prendía una vela a su nombre, y camándula en mano murmuraba el rosario completo para pedirle a la Virgen Santísima protección para su hijo. Ni del gato, que una vez supo de su muerte, se metió en su caja de cartón y se dejó morir mientras ronroneaba entre lágrimas, como llamando a su amo. Ni de las manos del soldado que nunca encontraron en el lugar de la explosión. Sí, se perdieron sus manos. ¡Qué cosa más extraña! Deben estar acariciando las hierbas, o dejándose morder de las hormigas, o navegando como un barquito sobre las corrientes de la quebrada Palo.

Nadie dijo nada tampoco de Martínez, el segundo soldado. Un muchacho valiente que desde niño jugaba a ser un héroe montado en caballitos de madera y corría atropellando palomas en el parque, mientras su papá vendía helados para poder luego llevarlo a comer. Nadie dijo nada de su madre muerta cuando él apenas cruzaba los cinco años, a quien jamás dejó de visitar cada domingo para llevarle flores y decirle que lo cuidara de morir en la batalla, como murió al final. Pero ni su madre pudo salvarlo, y eso que las madres son capaces de mover cielo y tierra para evitarles cualquier dolor a sus hijos.

Nadie dijo nada de Tangarife, el tercer soldado, apodado *Delirio* por sus compañeros de batallón. Si lo hubieran conocido sabrían decir que quien murió era un poeta. Un cantautor de esos que le recitan a la noche, a la luna y a las mariposas nocturnas para suavizar la tristeza del corazón de los soldados. Una voz melancólica que se dejaba oír cuando todos estaban vencidos por el peso de sus fusiles, y el miedo les masticaba cada fibra de sus cuerpos pernoctando en la maleza. Hubieran podido decir que era el único soldado con permiso de su capitán López para rasgar la guitarra y cantar versos enredados de alegría y esperanza en medio de la batalla.

2.

Al filo de la noche la madre dio a luz. Se acabó la noche y comenzó la vida de su hijo. Al filo de la madrugada mataron al niño, se acabó la vida de su hijo y comenzó a trajinar la angustia interminable.

Al niño le gustaba ver morir gotas gordas sobre la mesa del comedor, con la esperanza de tener una gota de agua intacta después de estrellarse contra el vidrio; ver la agonía del sol en el horizonte haciendo lo posible por quedarse prendido de la tarde, con la esperanza de ver un día, por fin, al sol vencer y quedarse instalado triunfante sobre la noche.

Con sus defectos y virtudes, un hijo es un hijo, una historia de amor en el seno del hogar, en el corazón y todas las entrañas. Un trigal en la mirada, el vuelo de una paloma a mitad de la noche, el miedo latente de un tigre caminando por los rincones de la casa.

Pero el hijo que esperaba ver triunfar un milagro sobre la muerte, se murió como se mueren las olas del mar sobre la playa, las horas cabalgando sobre los segundos, la idea de Dios cuando deja de sonar la música en un parlante.

Para salir de casa le dijo a su madre una mentira como muchas otras, y no volvió nunca más.

3.

Un baño de lluvia para curar los dolores del día. Dejarse estar bajo el agua del cielo pensando, deseando, queriendo que las gotas de agua sean lágrimas de Dios, porque Dios también debería estar de luto frente al horror de la tarde, cuando ha muerto un niño por una bala perdida.

Enterrado de prisa, antes de la llegada de las moscas que suelen convertir el pesar en olores asquerosos; antes que lleguen los pájaros negros que escandalizan el cielo con sus vuelos de miedo; antes que lleguen los gusanos y hagan de su cuerpo un festín, y nos piquen el corazón de más horror.

El cielo de plomo limpio; la lluvia sucia; el dolor ennegrecido; las horas desdibujadas; el corazón izado en la puerta como una chaqueta puesta a escurrir de sus dolores, ese es el panorama que hay.

Mamá, mi reina, decía el niño, apenas ayer. Mamá, mi reina, te amo mamá, decía el niño cada noche antes de entregarle su cuerpo a la noche, a los sueños. Y ahora que se murió no dijo nada, nos dejó diciendo nada.

4.

Tenía que llegar al mediodía, cuando el olor de las papas cocidas y la carne en el asador despiertan todas las hambres reunidas.

Llegaría con maletas y sonrisas, con abrazos y, tal vez, con un grito. Lo invitaríamos a comer mientras le contaríamos, alegres, que la gata ya tiene gaticos; que el jardín ya dio rosas; que la vecina se casó y espera bebé; que el nuevo alcalde ha prometido pavimentar la calle y construirá un acueducto, entonces habrá agua en el pueblo las veinticuatro horas. Lo invitaríamos a la iglesia, y le prometeríamos una fiesta en su honor, porque no todos los días regresa un soldado de la guerra después de tantos años, tan sano y tan salvo, tan fuerte y tan sonriente.

Mas los perros se quedaron sin ladrar. El almuerzo fue triste, silencioso. Sin sabor.

Pasada la media tarde llegó una carta que pusimos en la mesita del centro de la sala, al lado del florero. Tenía un membrete oficial y una estampilla de la capital. Alguien encendió una veladora junto a las flores y la carta, y a las pocas horas la mesita estaba llena de velas y veladoras.

Por la noche fueron llegando las vecinas con sus hijos traídos a rastras, todas vestidas de negro, mantilla y camándula en mano. Cantaron, oraron, rezaron. Repartieron café y copitas de aguardiente. A medianoche, en medio de un calor insoportable por culpa del gentío, alguien dice entre murmullos que el soldado se suicidó porque se sentía solo.

Y el gentío comienza a hablar de la soledad. Dicen que duele más que una herida de fusil, que es capaz de matar más gente que la misma guerra.

5.

Tocaba comer con las manos y dormir con los dedos rascándose el ano para espantar los parásitos. Tocaba dormir en el piso, sobre la losa fría, sin cobija, unos al lado del otro, babeándose, rozándose, rascándose las pulgas, los piojos, las garrapatas. Olía a excrementos, a orina, a sudor. Olores que se pegaban al cuerpo y hacen parte de los días.

Un hombre con muletas anotaba con lápiz verde en un cartel el nombre de quienes iban saliendo para no volver. A veces alguien amanecía muerto y tenían que gritar todo el día para que los guardas vinieran a sacarlo. A veces no sacaban a los muertos que se anchaban y reventaban para horror de todos.

Eran muchos. Y conversaban bajito entre ellos.

—Somos gente innecesaria para el mundo —se escuchó un día.

—Nadie nos echa de menos allá afuera.

Al principio, alguien tal vez los extrañó, ahora sus nombres son ruinas oxidadas en una urna de nombres olvidados y refundidos en el océano mar de la memoria golpeada.

6.

Toda la gente del pueblo estaba en la calle. Nadie en casa. Todos en la calle, haciendo de su cotidianidad la faena del día. Los poetas danzaban bajo el sol como poseídos del espíritu de la nada. En la plazuela los músicos cortaban petunias con las manos sangrantes. En el mercado las mujeres casadas compraban limones, y más allá, en el reflejo del agua de una pileta pública, las adolescentes tejían sus trenzas en un lenguaje de gaviotas que ríen como hadas.

Los niños, invariablemente, en la escuela, aprendiendo a odiar al profesor de matemáticas, y a querer con devoción al maestro de lenguaje que lee poemas cada mañana, como un rito sagrado al que se ha entregado sin explicaciones.

Ahora un hombre del campo entra por la calle principal con dos burros cargados de panela. Es una isla en sí mismo, un silencio ambulante, un atisbo al dolor y la belleza de vivir en las fincas al otro lado de la montaña.

De pronto, la cotidianidad se quiebra como un jarrón de barro cuando cae al piso. El murmullo de la gente va tejiendo una red multicolor bajo el cielo de una tarde de sol tenue. Y todos en el pueblo, como envejecidos, se santiguan al ver el cadáver de una viejecita que vendía flores en la esquina del parque, al otro lado de la iglesia. Y todo es tan solemne, tan musical, tan triste.

—Era una exiliada —dicen.

—Vuelve a exiliarse —comentan.

7.

Las nubes de marzo dejan caer caricias como hilos de agua sobre flores; techos y niños muertos de risa corriendo sobre marzo, flores y techos.

Y chapotean el agua, como el poeta teje historias, revolviendo las palabras y pateando piedras. Y gritan sin fatiga al cielo su alegría como animalitos; en fracción de segundos se olvidan de las matemáticas; y las vocales, unidas a las consonantes, forman esas palabras que nombran sus angustias.

Con cada grito de alegría sacuden el polvo de los gritos de sus padres, porque no comen lo que ellos comen, porque no se duermen cuando ellos se duermen, porque no se levantan de la cama cuando ellos se levantan.

Y los cuadernos se mojan, y sobre los charcos van quedando letras esparcidas como chamizas, o puntillas, o pedacitos de alambre. Collares de palabras descosidas en una caravana desordenada, improvisada y errante.

Un mapa de letras tiradas al azar de lo que un día fueron palabras para domesticar y dar luz; ahora son un montón de letras y palabras que nadan libres sobre el agua sucia y nada dicen, o lo dicen todo, como los poemas.

Al padre de esos niños lo mataron como en una terrible pesadilla. Y desde el entierro sus ojos y sus rostros no dejan de apagarse cada día más, como si fueran flores que nadie acaricia en un cuenco de agua. Son niños afligidos, huérfanos —dice la gente— de amor, de historias para dormir en las noches y sin regaños a la hora del almuerzo, que les permita fortalecer su espíritu de ángeles incomprendidos.

Todo en ellos quema. Sus palabras se desgranán como uvas por el piso en susurros inaudibles. Sus pies pesan como piedras y se arrastran por jardines y pasillos como hechizados. Despertarse en las mañanas, para ellos, es inhumano, doloroso —sin motivación alguna—, dicen los que saben interpretar la vida de todos por intuición divina.

El más grande de los tres hace días que piensa en una bala, hasta ya le habla y le pide mascullando que venga a buscarlo como buscó a su padre. Y el que no teme morir, tampoco le teme a la noche, ni al amor, ni al delirio de enloquecer por tristeza alguna.

El del medio reúne en su morral todas las palabras de pesar que la gente le tira cuando pasa por las heladerías y los semáforos. Antes de dormir, antes de cepillarse los dientes, antes de cenar, antes de lavarse las manos, juega con ellas a destriparlas y a hacer bolitas de papel.

El más pequeño canta dormido, es un susurro líquido que nadie entiende, pero suena tan hermoso que quienes lo han oído saben que es una canción. Una canción triste sí, pero hermosa. Alguna vez, después de tanta insistencia dijo que su padre vivía en su

voz, y que las canciones que canta son provisiones que el viejo ya muerto le abastece para el camino, porque el camino todavía es largo y no sabe a dónde va.

9.

Vino a dejar un sobre que alguien envió desde el otro lado del mundo. El sobre tenía una carta y un libro en su interior. Y se quedó esperando bajo el marco de la puerta como una flor que espera el vuelo del colibrí, o el pájaro el amanecer para desahogar sus alegrías, o simplemente como la locura que observa desde el rincón a un niño enamorado antes de posar sus alas sobre su pequeño corazón.

Alucinado. Así estaba el muchacho en el marco de la puerta. Alucinado.

Quería saber noticias del otro lado del mundo, ese monstruo que se tragó a su madre primero, luego a su padre que fue a buscarla, y después a sus tías, cuando salieron a ver qué les había pasado; ese espanto que lo había dejado sin familia en el mundo.

Le dijeron que apenas habían enviado un libro de palabras marchitas, escrito en un idioma extraño, sin frutos, y como se podía ver en la portada había el dibujo de una guitarra solitaria, como si del otro lado del mundo sólo hubieran enviado la música.

Alucinado, el muchacho en el marco de la puerta dijo que quería leer esa música.

Los dueños de casa se miraron entre sí, y le pasaron el libro. El muchacho leyó como pudo un poema y otro, sin saber qué decía, hasta que terminó el libro. De pie, a cada poema le regaló un par de lágrimas, como si la ausencia le estuviera rasgando el corazón, como si entendiera, como si fueran cartas de sus familiares náufragos en alta mar que le relataban sus aventuras y dolores, mientras lo pensaban y le mandaban cariños.

10.

Se gasta las manos para proteger las rosas de la lluvia y delimitar los jardines de acuerdo al sol, la imaginación y la simetría de las montañas. Deja que las flores de monte tengan su oportunidad al librarlas de la ceguera, o el asedio de las espinas. Y acaricia las flores como se ama a las mujeres: con ternura y sin temores.

Y les habla, les habla como se le habla a una madre vieja con alzhéimer tirada en una caja de hospital, porque siempre son las mismas historias. Les cuenta del día que él y su madre salieron a ver la luna por primera vez, y sintieron frío y se arroparon uno junto al otro, y ella le habló de las cartas de amor que un soldado le enviaba desde las trincheras de una guerra podrida y maloliente. De cómo después de recibir tantas cartas no le quedó más remedio que ofrendarle su cuerpo, porque al soldado no le bastaba, aunque el corazón ya se lo había dado todo. Le cuenta de cómo fue esa noche que sucumbió al deseo y quedó en embarazo; de cómo fue ser madre soltera con un hijo desconocido, de un soldado desconocido, como los miles de hijos desconocidos de los miles de soldados desconocidos. Muertos y desconocidos.

Si fuera por él, protegería su jardín de los aullidos de los lobos, de los ladridos de los perros, de los gemidos en la noche, de los enamorados que piensan que con una rosa hurtada en el crepúsculo pueden impresionar el amor de una muchacha al otro lado del balcón.

Su corazón de jardinero es una chimenea donde se quema incienso florecido, con días alucinados, sin

más espacio para otra cosa, con chispas de tristeza en las palabras, con una historia simple contada una y otra vez, por un millón de veces, a esas flores agradecidas que le permiten que las desflore a cambio de sus cuidados.

11.

La razón ebria. Tenía miedo. Un miedo raro.

Temía dormirse al tiempo que se despertaran los asesinos nocturnos, esos que vagan en las sombras en busca de fulanos de otro color para apuñalar, o que se entraran por la ventana los perros que aúllan perdidos en la noche, y le mordieran los ojos. Temía quedarse dormido y no despertar a la hora en que los pájaros anuncian el día, y los niños salpican el alba con su ansiedad para llegar a la escuela.

Temía mirar a la gente de ojos azules por el pánico que le causaba sospechar de un azul menos profundo que el mar en la mirada, menos infinito que el cielo. Temía conocer poetas y no alcanzar a interpretar sus versos antes que los poetas se marchitaran por las tristezas de sus años. Temía morir y renacer siendo hierba por donde pasan botas militares pisando sin misericordia hojas y flores, mientras marchan en busca de subversivos para fusilar. Temía no enamorarse porque sospechaba que ya entonces la soledad no tendría sentido, que la música de amor le mordiera el corazón, que sus pensamientos ya no fueran suyos.

12.

Poco a poco se fueron apagando las risas de los niños. Antes titilaban como lucecitas de ciudad miradas desde una montaña, pero luego se fueron apagando, poco a poco. No gimieron, ni tejieron nada como lo hacen las arañas antes de irse, tampoco dejaron un recuerdo parecido al olor de tierra mojada cuando se va la lluvia con su promesa de volver luego del verano, menos dejaron rastros como los ecos del tañido de una campana al otro lado de la colina. No dejaron nada.

Sus ojos, como heridas, sangraron lágrimas cristalinas endulzadas con sal. Sus palabras no fueron palabras sino gemidos de un gemido; tinta que se fue secando sobre una hoja de papel.

Fueron expulsados del paraíso como Adán y Eva del suyo. Les dijeron que volverían después de la lluvia, una lluvia muy fuerte, una lluvia que borrraría todas las rabias, y todas las banderas, y todos los presidentes. Llevan en la ansiedad un diccionario de incertidumbres bien dibujadas, manchadas de sudor y lágrimas.

Irse, abandonar la casa, es como ponerle muros a la vida, a la infancia, eso es todo. Ya no tienen nada porque en el patio de su casa, donde había una vereda, ahora hay soldados atrincherados que les disparan a unos fantasmas al otro lado de la cañada.

II. Islas perdidas

*Para aligerar este duro peso de nuestros días
esta soledad que llevamos todos, islas perdidas.*

Razón de vivir
Víctor Heredia

Estoy invitado al carnaval, no para soltar una lágrima, sino para escuchar música y volar entre la danza. Eran las tres de la madrugada, y la música no dejaba de sonar bajo la noche, sobre el corazón y los dedos. No era tiempo de soltar una lágrima, pero había tantas emociones tiradas sobre el asfalto, bajo la luna, sobre las notas musicales, entre la suela de los bailarines, que las flores reventaban sus corazones y un olor inconfundible bendecía el aire, el frío, la constelación de Orión.

El fuego era una oportunidad, la literatura era una oportunidad. Los arabescos sobre el papel no eran para matar horas desconsoladas o desflorar días; eran incendios en la mirada, ironías y máscaras. El fuego titilando sobre los dedos no fue para velar historias en noches eternas, era para crear historias memorables, mas nadie alrededor lo entendía.

La tragedia de la felicidad sobre la alfombra, de una historia cantada entre trombones y guitarras, sobre un ritmo delgado,ailable, lacrimógeno. La tragedia sobre los ojos como un idioma para girar con cualquier instrumento, como una voz para sanar cualquier perfidia, los impedimentos, los dolores.

14.

Un gemido extraño, como de animal corriendo sobre las escaleras. Una sospecha curiosa, cansada que se rompe para conectarme con la realidad. Un cuerpo que se queda dormido pero es verbal y, trágico, se pregunta por sus contradicciones del aquí y el ahora, por los miedos y la angustia de no saber quién es y para dónde va. Un olor extraño, como de animal corriendo sobre los sueños. Una pregunta que se alza como una multitud en el sendero, sobre un caballo sin huellas. Un instante en un gesto, de un pestañeo para decir una palabra húmeda, un sonido fraguado entre el día y los pensamientos muertos.

Si de repente hay algo memorable; si de repente un sonido tan ardiente como un cuchillo clavado en el pecho para embriagar la lucidez sobre el vuelo de la noche, lo entrega una flecha y un arco. Extraviado en los colores festivos, acunado en el ego sin alas, metido en las preguntas sin respuestas, soy un blanco de diana dispuesto para la saeta envenenada.

15.

Un día sin comer, sin explorar la vida, sin preguntarle nada a nadie. Cualquier tierra sembrada de silencios, o extraviada en días olvidados, en angustias ralas. Un día sin atreverse a sonreír, a cantar, o a expresarse sin secretos ni instintos. Un día preso del disfraz de la soledad infinita, sin sorpresas o lluvia en el corazón, sin luz en los anhelos. Bajo un árbol de frutos inolvidables, ansío una tempestad que haga palpar la presencia de una idea en el calendario, el vuelo del mensajero entreverado por las emociones sobre el tiempo, o bajo el tiempo, sin llegar al dolor, sin llegar al espejo ni mirar al anciano que seré.

Sin música bajo el cielo azul hay un sentimiento de destierro del paraíso. Sin poder encontrar el azar se vive extraviado en el paraíso, porque no hay dolor sino esclavitud; porque no hay sueños sino sangre púrpura de todos los hombres que faltan en las preguntas, en las miradas, en una causa. Entre la calle y el jardín patear piedras, porque no tengo ojos sino cuencas, y estas horas para esperar. Han sido tantos los cumpleaños celebrados sin juzgar a nadie, pero con el miedo ladrando a los pies, que cualquiera puede perder el juicio, o bien le entrega la llaves del juicio a la nada.

Tener la cicatriz de la vergüenza en el pecho como respuesta al infortunio, como una luz desgarrada, producto de la enfermedad impura, los desafíos a la infamia, los odios que navegan sobre un dolor nublado. Tener la cicatriz de un juego por honor en el pecho, como los que aman combatir tanto la ruina como la gloria, sin más nada que salvar la vida de los días aburridos. Deshonrado, sin conocer la verdad, ni perdonar o compadecerse, e ir tocando los bordes de la vergüenza con las manos mojadas, como un ser invisible, como uno que se dedica a lavar la deshonra con lágrimas. O morir con dignidad, dejando que el cuchillo corte el alma sin piedad para vivir la dignidad de los que salvan a otros, de los que mueren por otros, de los que son capaces de enfrentar y matar el monstruo por otros.

Sin parpadeos en el destierro, en el drama de los afectos, en el fondo de las sospechas, en el desafío del desprestigio. Por suicida se mece un héroe que nadie

conoce. Era el engaño muerto de un anciano de oro, un camino tapizado por herreros, por la tragedia que promete traer justicia a las nuevas generaciones, pero nadie siente orgullo, menos aún, parpadea por ello.

Un viento silba entre bosques, en el follaje, como entre libros de hojas verdes. Un libro escrito con el coraje de los oprimidos cuenta historias que nadie sabe guardar para sí, porque no se han hecho los votos del silencio, ni se ha jurado sobre una tumba el callar; un libro de gente condenada a vivir con la corona de la cobardía fija a la frente.

No es un sueño, y tal vez no sea una realidad, es una historia violada por juglares y narradores de la montaña que la narran como rapiñando un alimento, como una pesadilla colectiva, o como se cuenta una profecía preñada de señales en un cielo colmado de estrellas, como un poema épico que no se borra del pensamiento de la gente.

La lengua de los soberbios va orquestando un camino de serpientes, de profecías, de misterios, de huevos empollando piedras preciosas que le serán entregadas a los elegidos. Son palabras que cabalgan de un lado para otro y pregonan visiones con canciones de alas blancas sobre tierra de esperanza, sin importar las tormentas, el temor del viaje hacia el alma de la gente.

Una sombra con alma de pájaro, sobre un círculo de gente que tiritita de frío, canta, dice, gesticula, miente, navega entre sus recuerdos, sin rumbo. Y otra sombra hecha de odios escala sobre una mentira, una condena, un libro negro. Y si bien hay una tormenta de remordimientos en el cielo, al rato todo sigue igual, como si nada.

18.

Beber de las artimañas de los hombres rudos, de los desvaríos sin peso de las brujas, de las noticias de la vanidad sin destino grato. Subir al altar del diálogo herido por la desconfianza, sin creer en los secretos de la sangre que fluye sola, desde las entrañas. Recorrer en tacones y labios pintados algunas desdichas, puñaladas, amenazas y señalamientos que anuncian el desprestigio en el comienzo de la vida, no es grato, no debe ser grato.

El silencio alrededor de una mujer sería extraño. Las mujeres suelen ser cadáveres exquisitos que todos los hombres cocinan con palabras mientras halagan su vanidad. Pero no siempre hay agua fluida y cristalina en los días de una mujer, a veces hay angustia, algo de culpa, un sufrir o ganas de llorar por una mirada ardiente, un yugo pesado, un amor que esclaviza.

También hay dragones que confunden el amor con domar y esclavizar a una princesa sin sentir culpa; hombres que matan todos los vuelos, todos los sueños, todas las vidas, todo el corazón de una mujer sin pensarlo, como si ese fuera su destino natural y cruel. Es una desgracia que no termina.

Arar la vida, arar los días, arar la tierra, en busca de vivir los días sobre la tierra con justicia, con respeto, con flores en frascos de agua limpia para todas ellas, sin importar si son las amadas, las amantes o las que pasan por ahí. Todo en busca de piedad, de algo que libere a todas las mujeres de esa epidemia que enceguece el espíritu de los hombres, que hace babear la corona de los reyes, que hace aguas en la razón de los que no han leído ni se han enterado.

19.

Una palabra criminal puede germinar en el corazón de cualquiera cualquier día. Es una semilla que no necesita ser regada, ni fumigada. Un día florece como una tropa de jinetes que a su galope lanzan frutos venenosos en frases traicioneras, o en gritos infectados de odio en la mirada; es una palabra que tarde o temprano nace y se anida en el pecho, y se reproduce por ahí, a cualquier hora.

No se pueden recordar todas las preguntas, menos a todas las personas que se van ofendiendo con el ritual de esto que llamamos existencia; así como tampoco se recuerda la música mala que nos arrulla los años, ni los pantanos que vamos transitando entre un día y otro. Estamos obligados a vivir, a comerciar como pájaros sobre arbustos, a transitar en ciudades labradas en piedras que hablan mientras sorbemos una taza de café.

Triste, pero así fue desde siempre, sin fronteras entre los que blasfeman con rabia y los que maldicen a otros por nada, a veces por la avaricia flotando en aguas grises, infectas. Una palabra que insulta puede herir como una daga tenebrosa, bajo la mirada de los gatos, el maullido de los gatos. Triste, pero así fue desde siempre.

Una palabra que insulta quema, muerde el corazón como una rata, levanta los muertos de sus sepulcros, traza una línea sobre la indiferencia, entre lo que se ama y lo que se desprecia. Las palabras pueden embellecer la noche tanto como la luna; quemar las montañas tanto como el sol; escribir las crónicas de los hombres en el tiempo; reproducirse en tantas versiones de la vida como corazones hay.

Abrir la puerta de las insolencias puede traernos visiones inclinadas. Es como pasar de un mundo a otro sin un guía, sin un poema que llaga en el pecho, que encienda el fuego en la lengua, que alumbrar inquietudes en el horizonte. Es como pasar de un mundo a otro sin un pasaporte para regresar de la soledad, sin el espíritu preparado para subirse a un vagón lleno de espíritus, tal vez de muertos que no supieron dormir por siempre, de espantos que gimen entre despojos sin hablar con nadie, sin la oscuridad necesaria para ver los astros que nos señalen el norte, sin las flores que cubran de amor la tierra firme con sus hedores.

Abrir la puerta de las insolencias con manos lerdas puede revelar una selva perturbadora, una bruma amarga, una noche de sollozos, un paraíso de sombras escamadas, de preguntas en otros idiomas y un largo suspiro destrozado de princesas. Ese destino de círculos extraños donde la magia, el fraude y los murciélagos, se dejan caer en el piso, como si fueran perfidias o monedas sin valor. Tal vez sea algo parecido a navegar por recintos de sirenas, cuando cantan acompañadas de tamboras de otros tiempos para corear el tránsito entre el viento bueno y la tragedia.

Abrir la puerta de las insolencias puede ser abrir la puerta al exilio, a la trashumancia. La oportunidad para que un incendio de nostalgias se apodere del país que se volverá ficticio, motivo de añoranzas, esta historia imaginada que nadie ha contado. Dejar atrás el rostro de los amados y los odiados multiplica la nostalgia, nos acredita como emigrantes. Pasar del

día sosegado de amor y sus tres comidas, al día de un laberinto de preguntas manchadas por las dudas, las añoranzas y el miedo, eso requiere que el coraje se alimente de desprecio, poner los huevos de la esperanza en otra canasta.

21.

Hay una música de monstruos que inspira justicia. Una serie de canciones que más parecen un museo de cotidianidades, donde circulan muchachos feroces de sangre de todos los colores, que lamentos hirviendo entre canciones. Cada muchacho cantor es testimonio de irreverencia, y cada desgarramiento de cantor puede inducir al goce, al amor, o a morir de tristeza si se quiere, o de nostalgia sí prefiere, acaso de soledad.

La música viaja y hermana, halaga y endulza. Es piedra, es sol, es agua. Refugio de lo extraño que baña la geografía y golpea la memoria, y la patria donde anida la poesía. Nos desnuda, hace llorar, conocer el universo, abrir la puerta a una carrera de caballos y quejidos. En ella está el ruido de todo bajo el cielo, el eco de los ríos prensados por un herrero de versos, ceñido a un coro de ángeles con guitarras, flautas y tamboras, asomándose a una república de barro cocido, sin fronteras, sin límites entre el espacio y el tiempo de los mortales.

La música no es una utopía, es un hilo que cose lo roto, lo quebrado, lo ultrajado.

Desfigurado de tanto llamar a los otros, en esa guerra donde todos los poetas fueron asesinados con la espada del olvido, y el analfabetismo se induce para combatir su legado. Con el rostro herido de tanto defender las ideas, las palabras y los libros, el poeta cae de rodillas frente a una biblioteca en ruinas, tan vacía como una iglesia. La memoria era el tesoro de su pueblo y de todos los pueblos, pero los recuerdos se transfiguraron en libros quemados. El olvido que lo corroe todo, se lo come todo, ya se come incluso la poesía.

La guerra es una bestia que suele enviar a matar a quien la mira de frente y relata sus hazañas. Un monstruo que destruye todo para borrar las paradojas del espíritu. Y muchos, frente a la bestia de la guerra, respiran hondo para llenar los pulmones de silencio, e ir caminando despacio hacia el infierno.

El poeta no es la respuesta, ni la poesía la pregunta. Es un simple testigo, uno más de tantos que están allí afuera queriendo entender el porvenir sin testigos. Los poetas que no han sido asesinados, ni sus bocas silenciadas por el miedo, ni han puesto su lengua al servicio de los cuervos y la miseria, emergen de un zumbido sobre la tierra para sembrarla de esperanzas.

Si los muertos hablaran, hablarían desde los poetas y el río de versos que hay en sus ojos. Si los poetas hablaran como los muertos, lo dirían todo de esta guerra resumida en una sola palabra: crueldad.

Algunos creen que tienen un pecado clavado en el alma y que sólo Dios será capaz de limar tanta culpa. La culpa, como un dedo dictador que señala un camino de agujas para exhumar pecados, y que los lanza a vivir en el dolor y en la pobreza; a vivir sin nombre, sin propiedades, hasta ser capaz de dar la vida por Dios, si Dios lo pidiera.

Hay culpa en los huesos, y hay huesos anclados en el alma que duelen como culpas, porque no a todos les avergüenza las sátiras ni los pecados colgados como medallas en el pecho, y son como criaturas que se acercan a un momento místico para defender su derecho al mal, incluso con derecho a ser capaz de matar. Personajes que se burlan de sí mismos, que se ríen de sí mismos para no mostrar lo que son, ni lo que son capaces de hacer como ventrílocuos excéntricos.

Son huesos que van llegando a huertos florecidos a darse golpes de pecho, a dialogar con otros sin ceder a sus propias ideas, a sus apetitos no dichos, para anular su memoria y su identidad, para flotar con sus faltas que los amarran y esclavizan tanto como la idea de un Dios que todo lo ve, que todo lo sabe de un drama infame, burlesco.

La vida con dolor de huesos se vive fragmentada, saltando escollos, escondida en rutinas y medicamentos. Hay encuentros y desencuentros en busca de una ruta, en busca de otro lugar, de otro mundo, de un silencio distinto que permita vivir, como se cree que se debe vivir sin el crujir de estos huesos que tanta lucha dan.

Pasamos de la noche al día sin darnos cuenta que vivimos, que estamos dentro de una paradoja, una historia de Dios, o la fábula de un narrador. Salimos de casa cada día a matar dragones, a perseguir la presa, a buscar una aventura, a transitar una rutina.

A veces salimos a la vida por una vereda llena de lobos al acecho, de perros hambrientos esperando un motivo para destrozarnos la piel y el alma con un dolor. La vocación de vividores, como la vocación de los panaderos o cazadores, se logra mejorar con la experiencia y en ese aprendizaje vamos acumulando odios, amores, viajes y deseos. Puede ser que otras cosas también.

Hay quienes ya tienen una empresa al levantarse, y salen todos los días en busca de un monstruo con el cual luchar, hasta que cae la noche, para entonces justificar las horas. Son empresas sobrenaturales que nos dominan el corazón y guían pese a las dudas, las arenas movedizas o las ambigüedades.

Hay monstruos que consumen los días, los pensamientos, la vida misma y se nos va la existencia luchando para dominarlos. Cada vida es un viaje en busca de esos monstruos por someter, en busca de los motivos que nos permitan ganar poco a poco una batalla sobre nosotros mismos, sobre esos miedos, estas sombras o espíritus que acechan la vida.

El conflicto entre el individuo y su monstruo no tiene guión. Es una lucha confusa, oscura, dispareja en la que no se sabe si el corazón o la razón son las armas para el triunfo del uno o del otro; si la idea es triunfar, o solamente dar la batalla mientras los días consumen la vida.

Puede ser osado desangrar la vida para ver en el dolor las visiones que nos dará mañana el destino. Hay vértigo cuando se va al encuentro de las grandes pasiones que nos corren por las venas. Hay miedo si nos atrevemos a pensar en la fiera que espera detrás de la piedra o del jardín.

A veces las euforias y desmanes de los ancestros se repiten de generación en generación, como si el destino de la sangre fuera deslizarse entre círculos por los días, entre la creación del universo y el imaginario albedrío.

El lenguaje de la procreación es difícil: mezcla lugares, personas, modos y conflictos. Pero tenemos la promesa de cuestionar la paternidad de todos los tiempos, y renegar un poco de aquellos alimentos de la madre que nos llena de prejuicios hasta los huesos. Ser herreros, grabadores, pintores, poetas, ilustradores de nuestro destino; buscar la música que hay en cada cosa, y recoger los frutos de cada árbol que hay en nuestro camino por la vida, puede llegar a ser una misión para el mundo. Protestar ante la palabra de los padres y buscar la manzana prohibida más allá del espíritu de nuestros antepasados y las pasiones que cruzan los días, puede ser el destino de cualquier destino.

En la sangre corren las guerras de los ancestros, la visión mítica de los antepasados que dieron su vida para dar la vida. Se heredan las visiones, la idea de escapar, las determinaciones de un destino artesanal.

Esa capacidad de imaginar, de soñar, de decir... crece desde la madrugada cuando acuden las ideas o las visiones como pájaros en busca de alimentos a voz en cuello; y una euforia personal, como viento fresco, ilumina o llena de señales el corazón del artista. El reloj puede pasar de una hora a otra danzando o martillando, al tiempo que llegan al cielo los que creen en el cielo o aceptan la verdad de lo finito, los que dudan de la muerte.

A veces no hay respuesta en las manos del hombre, porque todo lo que llega es como cartas de los espíritus dentro de una botella lanzada al mar, difíciles de intuir, que se queman en un instante o se pierden en la nada, en el espanto de la nada, o en esos talleres donde se juega a ser Dios cuando se dibuja una línea para representar un hechizo, y a escribir una frase para enseñar los respiros del universo, o hilar la vida con melodías amarradas a los sueños.

A veces hay una serpiente en la memoria, un animal y una estatua que impiden movernos, la vida es así. Pero la vida misma envía flores para la fama de los que matan la serpiente y hacen de sus miedos una montaña. A veces también envía pompones funerarios para los que no perciben ni entienden los susurros de la belleza que burbujea como pájaros en la ventana cada mañana de sus días.

A cada quien, y a cada uno, le suele llegar un mensaje o carta del destino. A unos, impreso en tinta negra y entre las páginas del periódico, como una noticia cualquiera; a otros, les llega un baluceo en jeroglíficos que nadie entiende ni motiva; pero hay a

quienes el mensaje les llega laboriosamente confeccionado con todos los argumentos y explicaciones posibles para que todo les sea fácil. Son mensajes que pueden venir del más allá, de la cotidianidad, de una mirada, del cielo mismo.

La rutina de los misterios es como un contrato para conocer el misterio de todo. El misterio como una cáscara para cubrir el aburrimiento de las horas. Disfrazarse de pirata para no ser uno mismo lo permite la escritura. Escuchar la risa de todos para evitar el desastre de saber la finitud de la vida. La libertad para incitar a pensar que volar puede ser posible. Vestir de blanco para cubrir las virtudes fingidas, negadas o aceptadas. Trabajar en un solo empeño para subir la escalera de Jacob que va del cielo a la tierra. Leer a un autor para pensar si necesitamos leer otros libros. La sed para beber en anécdotas ajenas, sin que la realidad se nos atore en el alma. La fe para leer un poema y alimentar los días del hombre que visita la tierra y luego vuelve a su infierno.

Son palabras, laberintos de la vida. Definiciones torcidas para caminar con palabras en la geografía de los pensamientos. Ficciones que amamantan la cultura desde el principio de los tiempos. Pedernales para prender el fuego, la música o la chispa de historias con pasión para los hombres. Son palabras reales que iluminan sin importar sus circunstancias, porque no todos los molinos de viento son imaginados, y lo imaginario ayuda a entender lo real. No importa si es real, no importa si no es real, pero es necesario un argumento.

No volver a preguntarse por lo más vital. Dejar allí las dudas, los libros enjaulados en sus bibliotecas. Las preguntas siguen siendo las mismas siempre, pero no las respuestas, nunca. En la guerra de los días es mejor no tener certezas de nada para obligarnos a dar respuestas diarias desde las incertidumbres. Con preguntas al aire creamos la desconfianza necesaria para llegar a una cárcel abarrotada de dudas. Las preguntas están al otro lado de la razón, al otro lado de las certezas, al otro lado de los argumentos.

Sin instintos animales no queda otra alternativa que razonar a partir de las preguntas, porque no podemos vivir pegados siempre a la malicia, esa señora mal vista, armadura de pícaros y nativos. Educarse para preguntar, para la respuesta original, para pensar puntos de vista desde el yo. Disfrutar de la duda como se disfruta de las respuestas, como se disfruta de un café con los amigos. No se comprende el mundo, el otro, los signos en el cielo, si un día no se hicieron preguntas sobre el mundo, el otro, los signos en el cielo.

Quitarse los zapatos al terminar el día y saber que se tiene la verdad, aunque no sea la verdad de los otros, ni otros comprendan la verdad que se tiene pisada bajo el techo de la propia casa. Si se tiene la verdad a nadie le importa, pero el que la tiene se llena de orgullo porque es propia y le hace feliz, como quien tiene un gato o un perro en su casa; como quien tiene un tesoro secreto y oculto dentro de su corazón.

El que engaña o sabe que miente, el que abusa de la mentira y se la pone todos los días como una casaca vieja para salir a la calle, no entiende de la virtud, no comprende el valor de la verdad, nada sabe de la importancia de la confianza, ni puede apreciar, menos entender la alegría sincera de su gato, de su perro, de los otros.

Hay quienes no necesitan la verdad, no les importa y pueden vivir sin ella; como se vive sin flores, sin el olor de las flores, sin la belleza de las flores o sin el amor de los padres. Y hay también quienes sufren porque no aceptan la verdad, porque piensan que toda verdad es una mentira que quiere destruir su realidad, como un dragón alimentado de princesas, y hay que matarlo, sacar la espada y combatirlo una y otra vez, y otra vez, por siempre.

Hallarse a sí mismo en el fondo de una botella, al filo de la medianoche, en la oración de un poema escrito para sobrevivir ante la confusión de no saber qué somos, para qué vivimos, qué misión tenemos. Es la libertad, la absoluta libertad.

Tal vez, se quiera vivir fuera de lo cotidiano, sin conocer del árbol de la vida, ajeno a la geografía a donde vuelan las aves en busca de su alimento, sin suspirar por sentimiento alguno, sin llorar ni lamentar que el destino se convierta en piedra, que la vida se disuelva en sal marina. En cada uno duerme un animal, ave o serpiente, a la espera de un instante necesario para despertar y llevarnos al castillo que nos merecemos. Es necesario imaginarlo con el deseo, acariciarle la cabeza, mimarla para dejar que salga y fluya hacia la calle, hacia el horizonte, hacia la lluvia o la noche de luna. Es la libertad, la absoluta libertad.

La razón puede llegar a ser un árbol erguido entre los corredores de la memoria, la erotización de la palabra con los poemas de amor que no existen. Allí, en la razón, se puede escribir sobre los días, las tardes y las mujeres que hay en las tardes y las mujeres, y otra vez sobre las mujeres.

Escribir sobre lo que va en el corazón, o mejor sobre el silencio blanco que hay en el corazón, no se entiende con las mantas limpias de la razón y los patios vacíos. Escribir no es otra cosa que escavar en sí mismo, en las respuestas que nos habitan, en los poemas leídos, en esa galería de poetas leídos. Escribir para pensar, para deletrear lo que intentamos pensar desde las ideas fantasmas, desde los fantasmas de las ideas.

La razón lo reduce todo, lo elimina todo. Y está en peligro, asaltada y vilipendiada, pero en ella vive la búsqueda, los orígenes, la historia del tiempo, el teatro de lo eterno, y lo eterno del teatro.

Asistimos al velorio de la crisis de lo que ya muere desde hace tiempo: el aire, los árboles, la libertad, la conciencia, la religión, la razón, la belleza. Todo muere frente a los ojos, frente a un espejo; incluso el amor que un día fue amor y que se volvió rencor, por la crisis.

Como niños, como fantasmas ausentes en un pueblo que no tiene cementerio, o que no quiere reconocer la muerte de las cosas y deja de leer, de tener jardines, de sembrar árboles por la crisis, nos vamos dejando morir por culpa de la crisis.

Como animales, para no sentir entusiasmos ni pesares por la tierra árida, por la tierra abandonada, por los colores verdes de las cosechas, no se piensa ni siente nada por la tierra arrasada debido a la culpa de la crisis.

Como conspiradores hay quienes se reúnen a mirar pinturas, leer versos y probar vinos de otros tiempos y van encontrando reflexiones sobre la historia, la cultura, la vida en crisis; siempre la vida en estado de crisis.

Defender el arte como el corazón universal de las cosas, como se defiende a una madre, una gota de sangre, el último árbol que nos cobija del sol y es guardián de un río verde sobre la llanura. Hablar con nosotros mismos para saber a qué horas perdimos la dignidad y el respeto por la palabra propia, ajena y empeñada.

Renunciar a lo que somos, a las palabras que dicen lo que somos, a la retórica que nos anuncia y dice lo que somos. No se busca fundar un instante nuevo, tejer un puente distinto, o cantar la esencia, el laberinto que somos.

Dejar fluir la ceguera que hechiza, como se deja fluir una hoja en un río donde navega una barcaza que transporta las tradiciones que nos unen, el pensamiento disipado, o las realidades ocultas que nos invaden.

Abrir el pecho de las palabras para dejar fluir la poesía. Asesinar el lenguaje para esculpir con su sangre un instante más de poesía.

El poeta escribe para ponerse la máscara, para quitarse la máscara y ejercer el sacrificio humano de la introspección, el descubrimiento de algo que se pierde, la velación del mundo si se quiere.

Si la poesía escogiera a sus clérigos y no los envenenara con sus granadas de almíbar, y los llevara hasta las playas de un mar sin olas, y no a esas tormentas con rayos y centellas que son los poemas. Si el poeta en su camino a la guerra de todos los días no sufriera de amor, de tanto amor, de eso que todos llaman amor.

Los poemas son declaraciones, desasosiegos, puertas, días por vivir. El poeta, sin embargo, es un peligroso inofensivo, un ser que se suicida todos los días manchando el papel con versos viscosos, o de alguna cosa parecida a las pasiones.

Un poema es la traducción de un relato, un cantar de sílabas, una historia fracturada, la semilla sembrada en el sol. Una pieza teatral que pocos entienden, la aproximación al misterio extinto a diario como una vela mágica que vuelve a prenderse, la vibración de un cuchillo lanzado y clavado al borde de alguna cosa parecida a las pasiones. La palabra misma.

Desde el enigma se piensa desde el enigma. Y si bien hay días en que los pensamientos son incendios, en otros sólo son repeticiones. Por el silencio en que hablan los dioses se justifica el azar, la fragmentación de las ideas.

Hay días desamarrados, de palabras en laberintos de palabras que no se alcanzan a ver en los espejos, que se arriesgan a decir «pienso». Para convertir la alegría, o el dolor, o cualquier cosa en dolor. Para convertir el alma de este pueblo en algo que todos entiendan, conozcan y sepan.

Se fecunda la soledad de la forma menos imaginada, primero en el corazón, después, de verdad, en el mismo paraíso. Y allí, en una casa de vidrios rotos, de músicas lacónicas, de perros que aúllan, van creciendo las palabras como árboles.

III. Sangre en tierra

*Para decidir si sigo poniendo esta sangre en tierra,
este corazón que va de su parte, sol y tinieblas*

Razón de vivir
Víctor Heredia

Tengo el corazón de piedra seca y las lágrimas ausentes del dolor. Nadie me ha matado, ni me han robado el cariño de los amados. No fui guerrero, ni me sumé a la plaza, ni disparé, ni odié a nadie por pensar distinto, por disentir.

Pero ahora me ha entrado la nostalgia: crecí entre los rumores de una guerra, y he vivido entre las entrañas de la batalla misma y la zozobra.

Temo a la incertidumbre surgida tras las conciliaciones. Y desconfío de la verborrea frágil de la paz y del espontáneo amor de los sobrevivientes.

Dicen que habrá armisticio.

Es un eco, un grito de miedo allá en el fondo de mis pesadillas.

Camándula en mano mi madre reza, y yo le guardo sus dolores en silencio. Trato de reinventar en mis adentros el milagro de otra casa con menos dramas, domesticar mis lágrimas para no dejarme estropear los sueños, o menospreciar los reclamos guardados debajo de la almohada.

No sé cómo mentirle a mis hijos diciéndoles que el esplendor de la violencia es pasajera, si desde los días de mis bisabuelos los milagros de la vida van acompañados de ruinas y desgracias, de odios y más odios. Si cada mañana la radio informa de una lluvia de sangre regada sobre los campos de café y los bosques de cemento.

Mi madre dice que sus ardientes oraciones consagran la esperanza. Que las deudas por nuestra indiferencia moral hacia la patria se pagan con cantos y rezos por los muertos. Que sus plegarias son invocaciones a Dios para mitigar las agonías colectivas. Que los creyentes debemos padecer sin juzgar la amargura de los tiempos. Que sus ruegos son poemas lúcidos para alejar la noche oscura de la mano de los enterradores.

El miedo nace y crece bajo el esplendor de las dolencias compartidas; se alimenta de enredos cotidianos. A veces parece tras una historia escrita con sangre, y lo vemos reseñado en la televisión, o en los periódicos amarillentos de un día cualquiera.

El miedo nos da la oportunidad de ser, de besar lágrimas, de llenar los pozos negros del tiempo con sollozos y desdichas sin nombre.

El dolor es la escuela de la vida, la hipoteca del fervor. El miedo es una grieta extraña en las carnes, un nudo que ahoga, un temblor que alumbra, y es sospechoso.

Somos víctimas, más allá del rostro y la noticia, del espejo y el simulacro. Víctimas de los espantos sin nombre, de los cantos del demonio o de la vigilia de los santos; de la persistencia de las moscas, del horror de la dádiva, de los juicios laberínticos.

Somos figuras en la tragedia, relatos con olor a gladiolo y tierra podrida; nombres ingratos en las noticias del almuerzo, escándalo para unos, una historia subtitulada para otros. Somos víctimas más allá de la jungla de mujeres desnudas que nos acosan en vallas y periódicos, de las estadísticas fantasmales, ese maquillaje de la desgracia, o la salud de los unicornios.

La muerte se disfraza de colores y asiste a un carnaval. La muerte entre ríos de licor y gritos de fiesta se cuele en una batalla de flores. La muerte se recupera de su mala fama y se deja acariciar, besar e insultar. La muerte crea mundos con mostos vitales para recompensar a los soñadores, a quienes bailan a su lado en hilos de música, de sol, sudor, de mar.

La muerte disfrazada de fiesta no se mortifica ni cohabita con el dolor de nadie. No quita esperanzas ni dispensa atenuantes. La muerte baila sola con su alegría y no interroga ni pacta, ni enciende la pira donde se queman las naves, ni engendra ilusiones en los desheredados. La muerte no hace promesas con cantos ajenos ni habla con nadie para que vuelva a latir el corazón de los poetas.

De veneno están empedrados los caminos de la realidad, y sus limitaciones van de la mano, vestidos de niños los instintos ciegos, cuando se escuchan las canciones con letras de odio mal oídas, los pensamientos onerosos, las razones adúlteras, los mensajes empeñados, las palabras agrietadas, los afectos arrojados al fuego, las ironías robadas, las danzas de la impunidad, el alma quebrantada por las mudanzas de un destino inútil.

Hay veneno circulando en las venas y costumbres falaces, en individuos y mujeres de abolengo y rostros pintados de manera vulgar, en personas que reclaman hazañas de papel, seres con biografías encadenadas a la tragedia, ilusos que sueñan con el dolor ajeno sin sonrojarse, engreídos de miradas vacías en los jardines de la envidia. En los parientes lejanos que viven con el amor empeñado y la mano extendida, y en los desesperados que cifran su anhelo en los números del azar.

En cada lápida palpita la incitación a un viaje. Metáforas de la esencia del valor frente al artificio. Clamores de inocencia ante la imponente visión de un río sediento de huérfanos. Dignidades que se arruman en los pantanos de la doble moral. Mujeres acechando dramas que las eximan del tedio y la incertidumbre. Alegorías de la virtud con niños desalados. Visiones que explican las grietas del mundo frente al afán de la inmortalidad y las promesas del paraíso.

Lápidas con flores, o desprovistas de ellas, destinadas al olvido de los muertos tristes en invierno. Sepulcros que invitan a detenerse ante la belleza de sus coros, o la fragilidad de sus epitafios. Piedras cruzadas por el silencio, la ausencia y las tinieblas. Losas con inscripciones ligadas al canto de las sirenas y a la magia de las almas en pena. Hay tumbas en ruinas que dan cuenta de la muerte de la muerte. Rocas que cubren cuerpos y permiten que brote la belleza de una rosa púrpura y sin espinas, en mausoleos que son el testimonio vivo de la esperanza.

Me llega de lejos el fuego de un presentimiento que arde sin purificarme. Una invitación a pasar la noche bajo un árbol de fresno y una fogata alimentada con los troncos de un granado. Tendré al perro guardián de la mansión de los muertos por toda compañía. Y el gusano que seré se resiste a renacer de su podredumbre, y a levantarse para su vuelo espiritual.

De las llamas afloran recuerdos, remordimientos, desapegos, un museo de experiencias y un bodegón de girasoles; testimonios de mi fidelidad a los días azules y de mi pasión por la escritura.

Las preguntas —las crisis— me llevan a despojarme de mis ropas, al expolio de mis virtudes, a la exhumación de la fe que me ilumina, según dicen. Frente a la muerte las dudas son los estigmas que me azotan.

44.

Antes de partir al mundo de los sueños, he visto a un faisán guiándome hacia la plenitud de las estrellas; y de la médula de mis huesos incinerados ha nacido otro poema, menos circunstancial, más alegórico.

De un cofre mortuario fluye un coro de flautas, y en la puerta, junto a la escalera que asciende hacia los astros, un grupo de almas sonrientes purifica con sus cantos los dolores y cauteriza los miedos.

Un rito entreverado de rezos que le rinden tributo a los difuntos, un umbral inopinado y el sacrificio mismo de estar allí, en el dilema, junto a un ángel de cuatro alas, y esa muchacha desnuda que grita desgarrada.

Desde entonces bajo una bóveda nevada. Desde la potestad para olvidar los nombres de los muertos ante la indiferencia de los nuevos tiempos. A partir del momento en que las calaveras de las almas en pena nutren los calderos de letras ininteligibles. Desde los tormentos oficiados en las pesadillas de los revolucionarios. Desde los días interminables de quienes perdieron todos sus derechos. Desde los susurros infrahumanos del expósito. Desde el corazón desgarrado de una madre por la muerte de su hijo. Desde entonces, sí, desde entonces, vamos por ahí arrastrando versos y escondiéndonos del miedo que nos acosa y encandila la mirada.

En un país donde la poesía no es tan esencial como el pan, ni tan cotidiana como el ruido de la metralla; donde el hambre ronda por las calles en busca de un dolor más lírico y menos perfumado que el alba.

Y las metáforas del malestar se olvidan con las imágenes de bellas mujeres en la televisión. En un país así, a uno le dan ganas de distraer el horror con campañas de resistencia en contra de la cacería de ballenas, o la tala de árboles de guayacán.

Vivir en el extranjero, mitigar con himnos la carne viva del miedo y el dolor punzantes; sembrar con cuidado las ilusiones en los jardines, acaso estériles, de un poema. Ser menos metafísico, más esencial, menos oral, más valiente, menos distante, más lúcido, más digno.

Pero el miedo, el miedo que no es fantasma y galopa entre nosotros como un ser de carne y hueso, no deja lugar para el anhelo.

La imagen de un hombre sentado en medio de la fetidez de las fosas comunes donde han enterrado a sus vecinos, sin poder ahuyentar los buitres que le despeinan una supuesta indiferencia.

La sangre de los réprobos fusilados por no decir si eran amigos o enemigos, y el grito espantoso de los inocentes tañendo el silencio cómplice, es la alfombra sobre la que se transportan las aves de carroña. Las botas militares de gente rara, sin madre, sin corazón, que no pestaña.

Veo a un hombre dibujando fantasmas al hacer su autorretrato sentado en el cementerio, como si estuviera en un parque en un día de verano. Alcanzo a ver palpitar su corazón demudado por la duda, sin fantasías evasivas. Más allá, bajo la puerta de hierro, un tullido en busca de un lugar en el mundo pide limosna a los dolientes que suben y bajan como si estuvieran en carnaval. Y en una silla de ruedas un poeta vacilante, sin atreverse a entrar al cementerio, sin querer untarse del llanto, el dolor, o del día desgarrado de sus vecinos.

Si mueres en una emboscada por salvar a la patria de los apátridas, decía mi abuelo, una mujer de vuelo suave te llevará al más allá.

Una hada, una valquiria, un ángel, una hermosa princesa alzará tu espíritu y te guiará hasta tu nueva morada, donde te prodigarán alimentos, besos y caricias, al borde de un jardín de melodiosas cascadas de agua que nunca olvidarás.

Y si muero en la batalla de forma tan perversa y fantasiosa a nombre de la patria, seré el héroe amado de mi abuelo y de todos mis antepasados. Mi abuelo ignora que los miedos que me habitan no necesito imaginarlos; que ya adivino la muerte, y he visto el horror que dejan en el alma los desaparecidos; que me he despojado de todo, en las noches, frente a la cama de mi madre, para anticiparme a la experiencia.

¿Qué puede más que el espanto de la ausencia de mi vida en la vida de mi madre, y de los amados, o los dones y placeres prodigados por las valquirias sobre la tierra agusanada?

Ignora el abuelo que recelo de la existencia de otras vidas, y también que existan otros héroes diferentes a los desplazados en esta guerra fratricida.

En este castillo donde he llorado la muerte de mis deudos. En este país fragmentado donde los mortales acudimos a batir pañuelos blancos en la calle. Donde las arrogancias de clase se han ido río abajo, como los cadáveres sin rostro que divulgan en la radio, como si fueran muebles a la venta. Donde hemos besado las ofertas de paz como si fueran señuelos, o sueños a medio recordar. Donde todas las formas del horror se hacen presentes para conjurar el tedio. Donde los vampiros y monstruos de ultratumba nos asustan menos que los terroristas o que las elecciones populares. En este castillo donde he llorado la muerte de mis deudos, y gritan las pesadillas de mis días, escribo con sangre un puñado de cartas a los poetas en busca de la solidaridad perdida, de la conciencia extraviada.

Una extraña enfermedad nos agobia. Otra faz de la melancolía para asombrar a los forasteros. Una sílaba que nos devela la crueldad y arremanga las angustias. Un puñado de difuntos que nos tapiza el pánico y nos llena de brisa triste la sonrisa. El idioma del abandono.

Deambulamos con la carne desgarrada, el corazón lapidado y las entrañas faltas de misericordia. Con los ojos desolados ante los horrores de la guerra. Cuando se sabe que hay una guerra. Cuando llegan noticias de una guerra. Cuando la gente habla de una guerra. Cuando se ven los mutilados de una guerra. Cuando las calles se llenan de desplazados por una guerra. Cuando los niños huyen de su casa para irse a jugar a una guerra. Cuando sus padres mueren a causa de una guerra...

Extraños crímenes de guerra afloran antes de hundirse en el olvido. No es la historia la que olvida las mentiras en sazón, es la alquimia del alma de este pueblo la que relega los olores putrefactos para sobrevivir a sus defectos.

Cada olvido es un renuevo en flor, al lado de los jardines del fracaso.

Hay lugares en el cuerpo adonde nadie puede llegar para animarnos, y rescatar los afectos, las alegrías perdidas. Entonces, regresamos al instante previo a la desgracia que nos enluta el alma, los días y la rabia.

Después llega el olvido y se encarga del resto.

Hacía falta tu mirar extraño. La realidad nos impide advertir la mentira en los abismos. Así no se podía dejar de ser víctima sin ser victimario; uno más de los mismos. El secreto de las oscuras tramas quedó al descubierto en el escueto testimonio de tus historias de papel. Los embustes ya no hacen parte de la memoria colectiva, son fugaces manipulaciones que viajan en los rieles de un tranvía repleto de maleantes.

Tu mirada alucinada ha dibujado un diario de certezas, desnudas e incondicionales. Has viajado a un pueblo de corazones desolados y espíritus medrosos. Has visto con tus ojos que en él no hay manifestaciones de vida, que todo ha desaparecido; que las palabras, los testimonios, las revelaciones y las publicaciones están vacías. Sí, que todo es un profundo y áspero vacío.

Ve y nárrale al mundo esta película confusa de emociones, cuenta de un país de calaveras que ríen, muertos que ni a Dios parecen importarles.

La nostalgia me arredra con el peso de una losa, de una luna que arde, como el desamor, como una vida de vagabundo en los muros de una catedral. La risa de los días azules de la infancia mudó en habitaciones sordidas, sacudidas por balas y explosiones.

Los sobrevivientes del barrio me describen cada noche una antología de angustias. Ellos, que sin ser mis amigos, son mi familia. Y si algún día me visitó la alegría de la paz, no me di cuenta porque estaba dormido o, tal vez, obnubilado por el miedo.

Esta nostalgia me pesa como una mujer anónima, sentada y llorando en un parque a donde ya no vienen a jugar los niños.

Viudas sin consuelo desfilan con pancartas. Mujeres de amores mutilados por la guerra. Nada tienen que envidiar sus lágrimas al teatro del absurdo. Sus vindicaciones son sentencias para condenar la estupidez. Un poema doloroso y mordaz revoloteando en la jaula abominable del conflicto. No son pacifistas. Son las hijastras del genocidio. Tampoco inocentes; son las amantes de los amantes de la guerra. No buscan impedir la siguiente masacre, son plañideras incapaces de mirar más allá de sus propios dolores, o del vuelo de las mariposas que aletean en su desgracia.

La guerra las desterró de los paraísos de la felicidad y la alegría. La muerte les desmembró a su otro yo, sus amores y complementos.

Un mendigo ciego a causa de la guerra las escucha, se compadece y comprende el significado de la palabra repugnancia.

La indignación no se ha dejado ver por estas tierras. Las historias de las desgracias ajenas son fabricadas por el enemigo, dicen los enemigos. Las noticias del destierro son falacias que vulneran el honor de la patria y confunden a la prensa, declaran los amigos de los enemigos. Las improvisadas ceremonias de fusilamiento y las listas negras manchadas de sangre «son sofismas», dicen, y ocultan el rostro al momento de anunciarlo.

La verdad es frágil, no tiene piel ni huesos, ni olores que perpetúen las sombras de una noche. «No eran cadáveres» -dicen-, y reiteran que tenemos que olvidar esos lunares de un día que ya pasó. Son historias que nadie se atreve a escribir sin afeites aunque se vista los camuflados del indulto.

La verdad no se justifica, se lamenta. La verdad no se puede ocultar, pero no saldrá a flote con metrallas y consignas. Las víctimas de una hecatombe nunca desaparecen del todo. Unas veces brotan de la tierra. Otras, del corazón arrepentido.

La cotidianidad acecha al amanecer como una peste, un ardor ultrajante y monótono en el pecho, una herida abierta después de la blasfemia. Los días venidos del Norte se solapan con vejaciones y ofensas para el alma. Es una plaga que desgarrar y no se quiere ir, que agosta y huele a formol. Que deslíe el arco iris, la sonrisa de los niños y hasta las miradas de incertidumbre en las mujeres.

Una peste así mata con tal de instalar en la silla de al lado las tinieblas del abandono, o en el comedor, en el lado izquierdo de la cama, en el salón de los fantasmas descosidos, en la despensa de trigos escasos, en la pila del agua bendita relegada.

Esta peste es una fiera hambrienta capaz de devorar las ilusiones de todos los que tenemos la sonrisa exiliada o arrinconada por ahí.

Repugna y llena de vergüenza, cierto, pero en estos rumbos la tranquilidad está ausente y bastante entretenida mirando por la ventana cómo mueren, o cómo agonizan esos a quienes todos llaman los descamisados.

A cualquiera se le estruja el alma ante las infamias de colores que exhiben los periódicos. Ante la montaña de palabras inocuas que nadan entre fotos de vanidades al aire y los aires de poder de los que no tienen poder.

No hay que ser brujo para entender la trampa y sentir vértigo al leer tantas desgracias en la vida de la gente. Para saber que los muertos de ayer desinforman de los muertos de hoy, y de mañana, y de pasado mañana.

Un diario es la visión atrofiada del holocausto escrito con el miedo de los que no han muerto todavía, un salpicón de crónicas rojas publicadas en diarios amarillos para enmarcar todo el horror que los ojos pueden ver sobre la tierra.

La historia que registran los diarios no está hecha de tormentas pasajeras; es un cataclismo. Carece de melodías para la tranquilidad del espíritu. Es cosecha de dudas y rumores; herida de fracasos, de inquisiciones y de farsas.

La justicia ha sido desterrada. Nada permite escapar, nada ilumina ni alimenta el sueño. Las palabras que nombran la necesidad, el dolor o la esperanza, ya no fustigan, ni alarman; van a oídos sordos, se tiran a la calle, se miran con desconfianza, se las lleva el viento. Ya ni siquiera hay promesas. Añoramos los días aquellos en que la palabra empeñada valía más que un collar de perlas, una firma o el ojo del notario.

Se acerca el fin del mundo, tarde para nosotros, porque ya la tragedia humana nos ahoga con sus cantos de sirena, y el fuego de la guerra ni siquiera nos hace hervir la sangre, y como mariposas nos precipitamos en silencio sobre las llamas de las velas.

Que se incendie el mundo y todo se incinere para que caigan los engaños y la vida vuelva a ser posible. Que cierren las fronteras de la razón y las añoranzas, y las revelaciones se rompan en un estrépito de jarrones chinos contra el piso.

Sin compasión, sin preguntas, sin explicaciones, sin derroteros, sin azar... porque nada es justo. Porque ya estamos desquiciados, locos, podridos por el miedo.

Pueblos condenados, desprovistos de emblemas y de gritos, sin cantos ni susurros en las noches. Pueblos de cal en sus fachadas, sin historias ni dolores, sin miradas furtivas asomándose por las ventanas para juzgar la complicidad, y los secretos públicos.

Ronda por aquí un destino intransferible, por más que sea una historia común, o una causa ajena al hambre que roe a sus habitantes cada tarde, todas las tardes.

Pueblos sin esencia, desencantados, sin más tristezas que la nada. Largos bostezos, bostezos prolongados mientras pasa el calor, la llovizna o las fiestas patronales.

Aquí nada es provisional porque hasta el aburrimiento dura para siempre. En sus calles la nomenclatura es muda; nada sorprende ni suscita una inquietud, ni deja escapar una sonrisa o una mirada de amor.

Aquí todo es estéril, de una desventura apremiante; y la soledad parece ser la espina dorsal de cada uno, de casi todos.

A veces viene la guerra para llenar de miedo los corazones de la gente, dispara en la noche y las balas perdidas matan a los niños y a los ancianos. Luego, la guerra y sus guerreros se van, y todo vuelve a lo mismo de siempre.

Vamos al encuentro del olvido, despojados de locuras, camino de un final sin puentes ni poemas, desolados. Como si los afectos que tejen las palabras lo arrastraran todo a un río, y lo que vislumbra el amor y los hallazgos por tierras de ultramar nos dejaran huérfanos.

Frente a los días nuevos olvidamos las proezas y los nombres de los héroes, y el nombre de los hijos nacidos en la casa entre sonrisas y amaneceres de olor inolvidable.

Y nos vamos quedando sin linaje, sin deudas, y sin extrañamientos para la vigilia.

Como si nunca hubiéramos sembrado una semilla, una idea, o entonado canción alguna para saludar los días de dolor y de amor en la sal de la vida.

Todo es desmesura en la carta del amante: los mapas dibujados al margen de la hoja, las canciones dedicadas en la posdata, los silencios al final de los puntos suspensivos, los tramos de soledad que se dejan ver en sus palabras cursis de enamorado. Todo.

Escribe que no le teme a los monstruos ni a las máscaras de los que posan de monstruos; ni a los policías, ni a las tentaciones.

Le teme al resoplar de los muertos a medianoche, al rumor de las tragedias que bajan de las montañas y pasan por la calle como una avalancha de barro hasta meterse en los nervios de la gente.

Y sus aventuras arden con la constancia del agua sobre la arena desde siglos inmemoriales. Sus palabras ilegibles son historias que nadie querrá volver a contar.

Todo, todo es excesivo en las cartas del amante.

Hasta la embriaguez.

Hasta el miedo.

Desde el cuento de la risa de los guerrilleros que sale del bosque y se confunde con el llanto de los lobos, hasta los besos tiernos desgranados en el papel manchado por el miedo.

En la montaña, en el zaguán de su finca, un hombre suspira de tarde frente a los árboles y la lluvia.

Y se deja caer sin aliento en su hamaca, pensando en el abismo de sus deudas. En el perro muerto, o en los gorgojos que se comen las columnas de su casa. En los guerrilleros que se robaron una vaca de su finca, pero le perdonaron la vida.

En la ciudad una mujer, de tacones altos y cartera fina, cruza un parque con ojos ausentes. La acosan sus fatigas y la vergüenza de un amor inconfesable. En su bolso, el peso de un dinero que no es suyo.

Lejos de allí frente al mar, encaramada sobre un promontorio de piedras, ante barcos sin divisas, una niña intenta pescar algo con el anzuelo de su esperanza. Mañana ha de cumplir con sus obligaciones.

La cotidianidad, que todo lo anega, no da tregua.

Alguien, detrás de una puerta, piensa en la soledad de su madre. Sus ojos se humedecen mientras se pierde por los pasillos de su niñez en la memoria.

Y una vez en ella, seguro y feliz, recorre un corredor vacío.

Afuera, espera la realidad. Una angustia sin risas ni juguetes. Una vejez prematura.

Alguien piensa en su madre que vive sola; que está sola. Y sus pensamientos son tristes. Pero no por ello mueve un dedo. Abre los ojos, y se incorpora de los pasadizos de la memoria para aventurarse en el bosque incierto de su soledad.

Su madre se derrumba por el peso de los años mientras él la piensa despacio, como si estuviera frente a un tablero de ajedrez. Entonces lo ve: el secreto de un mapa sin angustias, ruidos ni misterios.

Las ironías pueden engullir una calle, o un motivo en la vida de cualquiera. Las ironías son serpientes que acechan entre el polvo, los jardines y esas frías noches diluidas en la bruma.

Cuando existían los héroes, esos que desafiaban el miedo y amaban el peligro, cuentan los abuelos que ellos y sus vástagos jugaban con las ironías y las dudas.

Pero ahora la cosa es a otro precio. Cuando aparecen las ironías hay que abandonar la casa sin previo aviso. Es preferible convertirse en un proscrito a vivir la furia de las ironías desatadas con botas militares cuando buscan algo en tus habitaciones, el patio, el baño, la cocina, tus pensamientos.

Con las ironías hasta el horizonte se transforma en agua salobre. Todo es dolor, lágrimas descoloridas y pesadumbres.

Y sin jumentos ni armaduras, ni alimento para la imaginación, o sin aquella disposición al sacrificio, es mejor alejarse y ver esos molinos de viento desde la distancia, como dragones que se adueñan de todo.

Hay quienes aprenden a vivir con las escasas señales que la vida les ofrece, las peripecias inventadas por otros, y la agenda organizada a primera hora de la mañana. Incluso en extravíos colectivos, o a salmuera en el amor sobreprotector de alguna madre.

Pero llega un día en que las costuras se desgarran, y hay que tomar la vida por la manga, y decirle a la infancia que se marche.

Y habrá una tarde en que la vida se avinagre, que interrumpa el hilo de su discurso y nos diga, mientras sonrío, «haga usted el favor de abandonar el recinto...».Y entonces será tarde para recuperar los sueños y todas esas cosas.

A la muerte, cuando llegue hay que cogerla por el cuello y apurársela de un sorbo, sin vacilaciones, como un trago doble de aguardiente. No servirá de nada, pero es un consuelo pensar que puede servir de algo.

La vida es un barco sin brújula, con un capitán que no sabe del mar cuando lo nombran capitán. Tú lo sabes, todos lo vivimos. Pero la muerte es un tren que arrastra con todo a su paso, incluso con mis recuerdos de Madrid en primavera, las tardes y el amor.

No se expiden pasaportes para un viaje a la memoria, pero se podría encender una fogata lejos del entendimiento para que afloren recuerdos mojados en vino. Tampoco existen sabios o hechiceros capaces de leer el libro de expiaciones, desasosiegos y viajes en la palma de la mano.

Ahora mismo soy lágrimas de niño y un poeta triste con las manos en los bolsillos. No hay rostros en la bruma como para aventurar un nombre, pero sí llevo en la frente una tristeza que ha estallado con el vino.

Para caminar por estos parques y edificios en busca de una historia de amor perdida en el ayer, debí buscar una guía, o al menos una postal.

Para volver a recorrer estas calles en busca de rostros conocidos, además de los rituales propicios, debí beber más música, desangrarme con los ruidos y las cotidianidades un poco más.

Y si en París desdeñé la melancolía de unos ojos grises que me invitaban a vivir en el cielo, ya nada merezco más que este vacío eterno, por los ríos de los ríos...

Los enviados del cielo me hablan en lenguas extrañas. Y como poetas visionarios me señalan los caminos, la música y sus reinos, pero yo no logro descifrar su mensaje. ¡No los entiendo!

Esta danza milagrosa de dones y de amor, de paraísos y cielos repetidos, no me alcanza para presentir ni ver, o entender.

Es como si anduviera entre los surcos de un viñedo de alegorías y prodigios, y todo me fuera incomprendible. Dios mío, ¿por qué soy tan sordo, tan ciego, tan pequeño?

La feria de la vida está allí afuera, oigo decir. Pero no alcanzo a verla, ni a presentirla ni a gozarla; y tampoco las emociones de la muerte que se avecina. Me faltó la luz, el fuego de Dios ardiendo en el pecho para intentar un poema, el milagro de un poema.

Se me fue la vida girando de izquierda a derecha, con la mano en la bandolera, y el vaso a medio llenar.

La alegría de la mesa tendida, el amoroso plato. El egoísmo se atora en mitad del cuello; todo es madera cruda en el pecho del convidado. Estoy ausente, y nada del hombre me es inteligible.

Se me desgajan las ideas después del vino palabreando con la luna. Pero ningún paisaje me ayuda a entender.

Mi corazón de piedra y de silencios se ancla a la nada. Mi corazón ahíto de placeres ignora los dones, tan sólo conoce los goznes de la esclavitud y la indulgencia del llanto. Pero no entiende nada.

Soy un huérfano, un niño autista que murió cuando vio morir el amor entre sus padres.

Que vengan los ángeles o cualquier cantor, y declaren que me aman. Que vengan los hijos, los amores vividos, y el afecto de los amigos a mirarme al rostro antes que el río de la muerte me pudra del todo, y ya nadie pueda reconocerme.

Qué importancia tiene comentar si hubo dolores en la piel o en los huesos; si morí en paz o en guerra con mis propias debilidades; si al final de todo el cielo está abierto como un jardín para esta furiosa alma mía, y las cenizas depositadas en la tierra no germinarán en jardín alguno.

¡Que venga la muerte, que venga!, desafié una tarde. Y cuando vino, tan sólo le pedí que me permitiera ver el rostro de los amados y volver a escuchar las canciones que me insinuaron los misterios de la vida.

Los he visto a ustedes en mi memoria. Para eso fui fotógrafo y poeta, y me sacrificué por todos.

Ahora me miran por última vez y me dicen que me aman. Por última vez.

De mi abuelo heredé el nombre, el color de la piel y la música. Era un negro enorme, descendiente de un esclavo que escapó de Cartagena al raptar a la hija de un príncipe ruso para que los blancos supieran qué se siente cuando a uno le arrancan del corazón a los seres amados.

De aquella pareja de fugitivos heredé un murmullo de nostalgias por sus lares perdidos, y de mi padre una música amarga que suelo interpretar con el violín para espantar a los fantasmas, el calor o el tedio.

Mi música es sencilla como la lluvia, y siembra entendimiento y compasión en quien me escucha. Mi pasado emerge con el lamento de las cuerdas del violín y las oraciones de las cantaoras celebrando las mañanas de cosecha del maíz y el sol de los venados; las noches al fuego del hogar que se avivan al escuchar el verbo fantasioso de los ancianos mayores.

A todos acompaño. Soy el violinista negro de la ciudad blanca, el intérprete que lleva todas las cicatrices del mundo en su mirada.

Mientras el dolor corra por las venas y pueda contemplar la vida a través de la ventana,

Mientras que las fuerzas no lo abandonen al momento en que una lluvia de flores y de aplausos caiga sobre la arena de la plaza.

Mientras los dueños de la muerte no lo confinen a vivir entre paredes y tinieblas susurrantes;

Mientras no exista tristeza más intensa y aturdiradora que la prodigada por los ladridos de sus captores;

Mientras el dolor acumulado sirva de expiación y con los ojos del alma siga mirando hacia el castillo de su yo;

Este poeta enamorado de una única mujer, que dejó de ver el sol para envejecer en su regazo y cuidar un árbol de pino en su jardín;

Evitará los signos trágicos de la guerra, la culpa del que gobierna, la ira gratuita y las canciones de protestas inútiles que se murmuran en la penumbra.

Un drama irrumpe en la noche. Un drama que alimenta al monstruo de la historia y el caudal de sangre que corre por las calles de mi país. Una pareja de hermanos ha sido asesinada por un grupo de guerrilleros cuando intentó tomarse un cuartel de policía.

Al momento de su muerte la niña imitó el sonido de la ametralladora, como si cada bala incrustada en su cuerpo fuera preciso pronunciarla. De la boca del chico apenas se escuchó el eco de un madrazo que brotó de sus entrañas.

La chica cerró los ojos y murió con la frente crispada, exhibiendo los dientes. Su hermano, en cambio, murió con los ojos abiertos mirando al cielo como si fuera un espejo, y en su rostro la mueca rota de una sonrisa.

Fue una muerte absurda, como todas las de quienes permanecen al margen de la estupidez o la iluminación de la guerra.

Los asesinos, con sus destinos marcados por un rastro de sal, se fueron a morir a otro lado.

Lo vimos en el noticiero.

En cada lugar, en cada amigo, en cada cosa, se van dejando huellas. Pero ¿sabe alguien dónde, o cómo terminará su aventura de vivir? ¿Cuándo acribillarán sus huesos?

País de tiros sórdidos y lutos insospechados, balas perdidas, promiscuas o impunes, constitucionales y voluntarias sobrepasan lo inimaginable.

Y no hay testimonios ni procesos de guerra, ni cuerpos velados, rupturas o discordias, protestas y denuncias, sólo tiros que desgarran el silencio de la noche, y gente que desaparece un día y aparece otro distante bajo las piedras cubiertas de musgo, como si tal cosa. Como de costumbre...

Como en el capítulo más animado de una telenovela, una multitud de jóvenes desafía al sistema e inicia la eliminación sistemática entre los hijos de una misma madre, con padres diferentes.

Hay un lienzo subrepticio que plasma una música de muertos sin dolientes, ajusticiados que nadie reclama, ánimas en pena sin vestigios de terrorismo. Tiene pintado un cementerio de colores para niños que han muerto abaleados como perros; enterrados como perros.

Esta guerra que todos leen en la prensa pero que nadie dimensiona en el alma, hecha de lenguajes distractores y protagonistas muertos; que no tiene sosiego ni profetas, regresos ni horizontes, es un cuento viejo de la humanidad. Una canción que todos cantan, pero nadie entiende.

En cada rincón de la casa se asoma el miedo de mi amada. En el verano los hombres que comulgamos con la guerra abandonamos el solar y dejamos solas a nuestras mujeres.

En mi ausencia, ella se ha visto forzada a dejarse seducir por otros guerreros. Se metieron en su cama como amantes insaciables para matar mi honor.

He vuelto.

Encima de la mesa reposan unas semillas estropeadas.

La mujer presiente mi presencia, respira hondo y se quita las plumas para meterse en el río, hasta que llegue la luna para parir un hijo de padre desconocido.

Cuando regresa, todavía estoy sentado frente a las semillas. Esperándola.

Ella sabe que ardo de celos, pero no hace falta suicidarse. Ambos sabemos que antes del próximo verano muchos intentarán matarme, cortarme en pedacitos y arrojarme al río donde ella baña su cuerpo blanco, desnudo, bellissimo.

Si me voy volverán a matar mi honor a través de ella.

Nos gastamos toda la vida armando algo parecido a un país. Al resplandor de una utopía para narrar la grandeza del espíritu. Una historia magnífica para leerles a los niños antes de dormir.

Pero no logramos detener la destrucción. Hasta convertir el paraíso en algo que nunca fue.

Plazas y púlpitos son pábulo de los desaparecidos; sin asombros, aritmética ni política. Y yo no puedo con la angustia ante el luto de los huérfanos que nos despedazó como nación.

Afuera, en la calle solitaria, fantasmal, resuena el grito y el espíritu invisible de los ausentes.

Vamos sumando una población de mudos campesinos con el miedo por cosecha, y niños cabizbajos.

A lo lejos vociferan los adversarios, mas nadie va a su iglesia.

La madre sembró en el destino de su familia la perplejidad como quien siembra una rosa en un jardín ajeno. Lo pueden leer en los ojos de sus hijos.

A estas alturas no sabemos si la mujer era una extraña heroína con manos de santa, pero las lágrimas que corrían por su rostro eran de un amarillo ralo parecidas al óxido.

Cada mañana la vimos salir a rebuscarse la vida. Pero siempre naufragaba y regresaba a casa con las manos crispadas en un ramillete de angustia. Eso sí, con la sonrisa puesta para saludar a sus hijos.

Sus hijos fueron testigos de sus triunfos de oropel. Fementidos embates con hechiceras que le impedían ganarse el pan. «Soy una sobreviviente», solía decir antes de cerrar los ojos y sonreírle a los sueños que la aguardaban.

A veces la madre se pintaba los labios para reinventarse, pero cuando se miraba al espejo constataba que a ella también la perseguía la violencia.

La madre solía hablar de una infancia sin juguetes en un comedor desflorado. Pero esa historia ya la sabían sus hijos, y no querían escucharla de nuevo.

El padre puso su fuerza al servicio de las causas revolucionarias del mundo para transformar una historia de pobreza y privaciones en algo que tuviera pan, agua y todas esas palabras bonitas de los folletos.

Decía que era hijo de las ideas de su generación y paladín de la justicia social, y todas esas palabras bonitas de los folletos.

El padre quería disuadir a todos los que conocía para que se extraviaran con él en la niebla de los aventureros y sus canciones emocionales, y a todo el mundo le repetía las palabras bonitas de los folletos.

Quería construir un país con claveles amarillos, primaveras, acordes de guitarra y libros de quimeras. Pero fue inútil. Las camisas de este mundo no eran de su talla. La gente tenía otras ideas, otras maneras de vivir. Y no sabían leer para entender las palabras bonitas de los folletos.

Hay quienes venden la paz desde el púlpito, como mercaderes en una feria, sin que sus verbos y metáforas fecunden la conciencia del pueblo.

Sostienen que trascender, hallar la fe y encontrar respuestas requiere preguntas. Que vivir la incertidumbre y negar el esplendor de la guerra exige preguntas.

Los escuchamos porque en asuntos de armisticio en este pueblo nos quedamos en nada. Sin piel ni iglesia, sin fe, auroras o cruzados.

Se clama al Creador por el don para develar una verdad sobre la vida y la belleza. Pero los mercaderes de la paz arguyen que la solución está en confiar en ellos: que la ciencia política claudicó y debemos creerles a pesar de los tiros y las explosiones.

En busca de la paz deambulamos por las calles de Israel, La Habana, la Unesco y de Brasilia, y no cambia nada. No logramos encontrar ni un ápice de piedad en el corazón de nadie.

Entonces, vienen los mercaderes a ofrecernos los enigmas de la vida en frascos con aguas de colores. A dólar y medio nos venden la paz para recuperar los sueños idos.

Marchamos ciegos al abismo. ¿Lo seremos hasta llegar a la fosa común donde entierran a los inconformes? Esta cadena de conjuros, rezos y oraciones interminables, ¿podrá proteger mi casa, o mi cuerpo, de los chicos malos?

Esta índole religiosa, la devoción por los milagros del cielo, pensamiento compartido y heredado; las plegarias que resuenan en las casas de mis vecinos y acarician mis entrañas, ¿obrarán como escudo ante una bala perdida?

Fervor de ciegos, malabarismos sobre la cuerda del miedo y la sima de los días; pábulo morboso y eterno de vivir.

Estremecido, me pregunto: ¿acaso he sido engañado? ¿Ya floreció el árbol del paraíso? ¿Estoy ciego ante el bien y la verdad? ¿Ya no distingo lo divino de lo humano? ¿Ya se hizo la sagrada voluntad?

Preguntas que me acosan y me desbordan por los entresijos de las plegarias.

Aquí, entre hermanos, no pedimos homenajes, o minimizamos los resultados. Tan sólo una muerte digna de nuestros amados, y eso comienza con justicia, verdad y reparación.

Resistiremos con las heridas abiertas y la fe en el cielo de cuantos acallen las voces que claman piedad. Los pioneros de la paz pagan el costo con rasguños en su voluntad y saetas en el pecho.

El valor no es de cincuenta mil pesos. Consiste en atravesar sin miedo por las sombras de la muerte, abrirse paso entre la metralla del cañón y las cornetas de los soldados por el bicentenario de humillaciones, e ilusiones por restañar.

Una noche preñada de auspicios, de estrellas lloronas y afanes vigilados, conoceremos la receta para vivir sin la incertidumbre de saber cuál de los nuestros no podrá saludar el nuevo día, ni albergar en su pecho la embriaguez de una pasión. ¿Quién sorteará los nuevos dolores, a quién habremos de dejarle la vieja foto en la pared porque sus lágrimas ya no iluminarán la sonrisa de un recién nacido?

Entre nosotros el luto se guarda con canciones para fastidiar las tribulaciones, y se traen como medallas en el pecho para desconcierto de los iluminados; esos que nos miran en silencio al pasar y nos regalan con una sonrisa la amenaza para la noche que llega.

No permitan que lloremos. Dednos las noticias, dígnanos que otra voz se fue, pero al menos déjennos pensar que es un viaje temporal. No pedimos que nos mientan: somos niños, pero la sensación de pérdida nos acompaña desde antes del nacimiento.

Alimenten el fuego mientras honramos el nombre. Que se agasaje a los huéspedes y se redefinan los afectos; pero que no se nos niegue el derecho a saber que otro ya no nos acompaña.

Hay ausencias inocultables: las definitivas. Las otras, las de todos los días, nos acribillan el miedo, pero nos alcanza el cielo para pensar en otro encuentro.

En los cúmulos de las nubes nuestra fantasía dibuja miles de muertos; los exilios, en las ínsulas del juicio. Las imágenes se aproximan y los atributos se trastocan: los poemas no dejan una cabeza sin calar.

Las solteronas, las viudas y los cómplices expósitos deben celebrar las bodas de la resignación; las lluvias y los ruegos deben venir al camposanto a recordarnos el destino del hombre, el lugar del prójimo en los puntos cardinales de la tierra.

Desgarra no saber cuál es el sitio donde reposan los huesos, los gusanos carcomen el cuerpo del amado; de aquel que aún conservaba viva la esperanza y se marcha sin alcanzar a despedirse de su madre.

El silencio de la muerte amorra, y los recuerdos del ausente no bastan para compartir el milagro de la amistad, o el acorde de una tarde. Los muertos no nos llaman por el nombre; se dejan sentir como un grito de angustia ahogado en el fondo de ese lago helado que habita en nuestros corazones.

Entre cruces y ritos fúnebres se abre un camino desde las fosas comunes para denunciar la atrocidad y señalar a los culpables, pero el juez se ahorra los esfuerzos o se deja intimidar, y la justicia vulnera a los deudos. Los hilos sangrantes de la piedad, la inasible piedad.

Nosotros, los hermanos, padecemos todas las formas de la angustia. Las palabras de protesta se castigan con entierros de tercera. Y definen nuestra fecha para silenciar la tregua de los reclamos futuros.

No creí, no reflexioné ni me expuse. No creí en ningún político, no reflexioné en la ideas de ningún político, no me expuse por las creencias de ningún partido. No fui instrumento de la paz ni del amor; de la guerra o el odio. No puse en duda ninguna verdad ni abjuré de nada. Simplemente, me ocupé de vivir mi vida al otro lado de la calle.

Nunca me preocupé de alimentar el alma con odios, y me desentendí de las peleas de vecinos. Leí lo que pude, y oí dialogar a la gente con la lluvia, o con la luna, sin prestarles demasiada atención a sus pretensiones para decorar el mundo a su gusto, a sus ideas, a sus sueños.

Dormí cuanto pude y jamás, ni en sueños, saqué mi espada para defender los ideales de nadie. El horror ajeno no menguó mi tranquilidad. Las causas perdidas de los vencidos y las jornadas de gloria de los vencedores nunca estuvieron en mi agenda, me fueron ajenas. No eran lo mío.

Y para qué negarlo, con este modo lento caminé, fui feliz sobre la Tierra.

Algo gime en el aire, en el instante justo cuando las flores regalan su limosna, cuando el bullicio de la mañana se aproxima como una pantera sobre el antejardín.

Llega el día y una luz sin alas cruza la habitación, como un olor imaginado que huye del bosque en busca de la montaña.

Un hombre abre los ojos y se encuentra con una serpiente instalada frente a su cama leyéndole sermones de alguna iglesia cualquiera. Con un gesto de niño repudia las palabras, pero se queda callado. Es como si su voz se la tragara un monstruo, uno de esos que afloran cuando se intenta salir de la cama.

Tal vez tenga fiebre. Abre las ventanas para respirar mejor y huir de la pesadilla que lo invade, y el miedo que lo hizo levantarse.

Llega el día. Y desde la ventana se ve una luz, una sombra, un pájaro negro y enorme volando sobre el techo de su casa.

Hay una zozobra en el aire, en la memoria un vuelo de palomas vencidas. En la calle una lágrima viva, enorme. Siempre hay un llanto amargo en la historia de este país.

Calla la muerte y grita la fiesta. Se desdibuja la realidad. Calla el aleteo de las palomas y se pierde el miedo en una noche de carnaval.

Un niño eleva sus manos hacia el cielo, y pide limosna con hambre en sus días, no le importa una fiesta más en la faz de la tierra.

Con licor nos perdemos en palabras. Nos perdemos hablando de cenizas, cementerios y utopías. En noches de miedo y amaneceres con promesas.

El licor todo lo disuelve: al miedo, las flores y los cielos azules. Incluso la ilusión de ver la sonrisa de un niño con hambre en la puerta de la iglesia.

Cabalgamos a casa en potros de miedo. Esquivamos miradas con escenas de miedo. No hacemos nada contra la violencia por miedo. El miedo nos ilumina.

El silencio ha sido el escondite. Hacernos los ciegos ha sido la solución. Quejarnos, el escape.

Embriagado. Ebrio. Con la mirada escondida. Sin sueños, triste por el pasado, por el presente, por el futuro. Mi alma está en la jaula de un país en guerra y no puede volar.

Somos ciegos con esperanzas, pero el fantasma del miedo vuela sobre nuestra historia. Somos indiferentes, pero los huesos de nuestros muertos están allí.

No nos alcanza la sonrisa para vislumbrar días de paz. Somos niños amamantados por noticias de violencia, con bastones de viejos, ciegos.

Nuestro miedo no tiene boca para decir. Nuestras
manos no tienen ilusiones para sembrar un árbol más.



Extrañas mutaciones
se terminó de imprimir en octubre de 2019.
Se utilizó papel Earth Pact de 72g y papel
esmaltado brillante de 280g para la cubierta.

Impreso en
Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S

La edición estuvo al cuidado de
Felipe García Quintero y Paola Martínez Acosta



Marco Antonio Valencia Calle
(Colombia, 1967)

Licenciado en literatura, Magíster en Filología Hispánica.
Autor de los libros: *Los versos de la iguana* (poesía, 1999),
Bestiario familiar (poesía 2004), *Oscuro por Claritas* (novela,
2002), *Leyendas extraordinarias de Popayán* (cuento, 2014), *La
fiesta de ayer* (novela, 2018).

Trayectoria literaria reconocida con el Premio Nacional de
Poesía «Descanse en Paz la guerra», Casa Silva, Bogotá, 2003
y el 2° puesto del «II Premio Iberoamericano de Poesía
Pablo Neruda», Temuco, Chile, 2004. Beca de Creación
literaria, Programa de Estímulos Culturales de la Alcaldía de
Popayán (2018) para la publicación de la novela *La cicatriz en
el espejo* (2018).

“Borges (+) a quien está dedicado este libro, era mi mascota:
un perro de monte medio ciego, que un día un carro fantas-
ma asesinó frente a nuestra casa”.



La cultura
es de todos

Mincultura



Biblioteca
Nacional de
Colombia